DOS SABIOS.

Antonio Salazar

DOS SABIOS.

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

ANTONIO SALAZAR.

Representado por primera vez en el Teatro de VARIEDADES, la noche del 12 de Abril de 1879.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
3408

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
INÉS.....	Sra. Espejo.
RAFAEL.....	Sr. Vallés.
D. PRIMO.....	» Tamayo.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de los HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LA SEÑORA

DOÑA ANGELES SANCHEZ CARO.

Acepte usted, madre mia, esta obrilla, que vá tan orgullosa de llevar el nombre de usted en su primera página, como contento quedo yo de poder ofrecerle esta humilde muestra de mi profundo cariño.

Su hijo

ANTONIO.

724318

ACTO ÚNICO.

Habitacion amueblada con modestia. Puerta al foro y dos laterales. Primer término izquierda una mesa con libros papeles, una esfera, etc. Derecha un velador.

ESCENA PRIMERA.

D. PRIMO, INÉS.

Al levantarse el telon aparece aquel sentado junto á la mesa con un libro abierto, del que aparenta tomar notas, despues de haber consultado con la esfera. Inés consiendo junto al velador.

PRIMO. Si es cierto, si es evidente,
si no se puede negar.
La ciencia lo ha demostrado,
¿cómo no ha de ser verdad?
Los antiguos no pudieron
conocer esto jamás,
que estaba la ciencia entónces
con chichonera y pañal;
pero nosotros los hijos
de este siglo de luz... ¡ah!

nosotros sabemos tanto,
que imposible es saber más.

INES. Papá! (Levantándose y yendo á la mesa.)

PRIMO. (Sin mirarla.) Qué?

INES. (Quitándole el libro.) Deje el estudio,
que es hora de descansar.

PRIMO. Me has espantado una idea
sublime, piramidal.

INES. Trabaja usted mucho.

PRIMO. Pero
con provecho, porque ya
he resuelto el gran problema.
Si, muy pronto me verás
volando por esos aires
como el águila imperial,
correr por valles y montes,
mares y rios surcar,
demostrando al universo
con cuanta facilidad
lo que escribe Julio Verne,
puede un sabio realizar.

INES. Pero si esas son novelas.

PRIMO. Novelas!

INES. Lo negará?

PRIMO. Porque no se ha conocido
nunca un hombre tan audaz
que realizarlas intente;
pero basadas están
en la ciencia, y cuanto dicen
es innegable verdad.
Yo lo he comprendido todo
en fuerza de meditar;
y el fruto de mis vigilias
que tú, Inés, recogerás,
es mi globo-tren-vapor,
que me ha de hacer inmortal.

INES. Como si fuera posible...

PRIMO. Si sólo me falta ya
los tres mil duros que cuesta
mi aparato.

INES. Por san Blas!
tres mil duros!... casi nada.

PRIMO. No es cosa.
INES. Lo principal.
PRIMO. Hija, no: lo secundario,
lo fácil; de empresa tan
importante es lo primero
el genio para acertar
á resolver los problemas,
vencer la dificultad
que ocurra, y el fin propuesto
cumplir, que lo otro es trivial.
El talento es fruta rara;
pero tres mil duros... bah!
no te apures! esa suma
cualquiera tiene de más.
INES. Cualquiera... menos nosotros.
PRIMO. Menos nosotros... verdad!
INES. Con los cinco mil reales
que usted, como militar
retirado, goza, ¿cuándo
tantos duros reunirá,
si por causa del descuento
yo tengo que trabajar,
pues no alcanza á lo preciso
lo que nos queda?
PRIMO. Sí tal;
ese descuento nos mata!
El gobierno, en el afan
de hacer una economía,
partió, con ira sin par,
por la cuarta parte al sueldo
y á nosotros por mitad.
INES. Qué porvenir nos espera!
PRIMO. Cómo! Inés, te quejarás,
cuando todo te sonrie?
INES. Me sonrie!
PRIMO. A no dudar.
Tú sabes lo que es ser hija
de un sabio?
INES. Pero, papá...
PRIMO. Cuando mi nombre proclame
la fama y veas que van
por todas partes diciendo:

le debe la humanidad
un favor inapreciable...
tú conocida serás,
y hombres de ciencia y dinero
hija mia, sobrarán
que te soliciten.

INES. Vamos!
qué modo de delirar!

PRIMO. El dia que esposa seas
de una notabilidad,
hija de otra y madre de otra...
como espero, no dirás
que deliro.

INES. Á mí me basta
un jóven...

PRIMO. Como Pascual,
el que ántes te hacía el oso?
pues digo que no será.
Si no es un sabio eminente
de quien se pueda esperar
honra y provecho, ninguno
pise siquiera el umbral
de esa puerta, si no quiere
por la ventana bajar.

INES. Entónces...

PRIMO. Dudas, tontuela?
Pues ha de venir.

INES. Qué afan!

PRIMO. Para ese dia la suerte
cuántos favores me habrá
concedido!

INES. Sí?

PRIMO. Tendremos
coche, un cuarto principal...

INES. Ó dos.

PRIMO. En un punto céntrico.

INES. En la calle de Alcalá.
(Es imposible apartarle
de su error!)

PRIMO. Voy á llevar
el dibujo de mi máquina,
por si la casualidad

me depara álguien que quiera
hacerla, todo lo más
por dos mil duros.

INES. Si logra
esa rebaja, ¿estará
salvado el inconveniente?

PRIMO. Ménos falta que arreglar.
Voy por él. (Váse por la izquierda.)

INES. Cuánto me apura
esa manía fatal!

ESCENA II.

INÉS.

INES. Ahora esperemos sentada
con toda tranquilidad,
á que un sabio con millones
se encarame á este desvan
á pedir mi blanca mano...
¡qué cosas tiene papá!
Ay! á mi dulce esperanza
es preciso renunciar!...
Y ese jóven que me sigue
con paciencia sin igual
á todas partes, parece
decidido... pero ¡quiá!
aunque me ame y su cariño
manifieste con lealtad,
de oponerse á mi ventura
mi padre se encargará...
¡ay qué vida, Señor!... Creo
que siento pasos... ¿habrán
forzado la cerradura?...
quién puede ser el audaz?...
(Se dirige al foro á tiempo que entra Rafael.)

ESCENA III.

INÉS, RAFAEL.

INES. Caballero, ¡qué osadía!

Váyase usted sin demora.

RAF. Por Dios bendito, señora,
tenga usted más cortesía.
¿Tanto le extraña que suba? (Avanzando.)

INES. Oh! (Retrocede un poco.)

RAF. Por qué huye, qué recela,
si no soy tifus, viruela
ni licenciado de Cuba?

INES. Comprenda usted, caballero,
que quien así se propasa,
es...

RAF. Siga.

INES. Á qué entró en mi casa?

RAF. Á decirle que la quiero.
Bella Inés, por qué se asombra?

INES. Sabe mi nombre?

RAF. Es extraño
que lo sepa, si hace un año
que soy de su cuerpo sombra.

INES. Cómo supo?...

RAF. En el portal
hay quien por decir se afana...

INES. La portera?... charlatana!

RAF. Se enfada usted? hace mal;
pues no hay portera discreta
en la córte, si barrunta
que llega cada pregunta
seguida de una peseta.
Yo, como no puedo estar
sin usted, y un mes hacía
que verla no conseguía,
hoy le he vuelto á preguntar.
La saludo, pago, inquiero,
sé una noticia funesta:
que estaba usted indispuesta.
De ansiedad entónces muero;
y sin oir más razones
que mi amoroso interés,
me lanzo y de tres en tres
subo noventa escalones.
Jadeante, conmovido,
llego por fin á la puerta;

por mi dicha estaba abierta...
INES. Papá, que es más distraido!...
RAF. Al verla franca no llamo;
entro á calmar mi inquietud,
á saber de su salud
y á decirle que la amo.
INES. Esto es atroz, insufrible!...
RAF. Pues qué hay de particular
en que yo quiera calmar
este ardor irresistible?
INES. Oh! lo sabe la portera!
RAF. Sí.
INES. Es usted un imprudente;
todo lo dice esa gente
y lo dice á su manera.
Dudarán de mi decoro...
¿por qué ha subido, por qué?
RAF. Pero no lo sabe usté?
Por decirle que la adoro.
INES. Basta! sabiendo quien soy
tamaña ofensa me infiere?
RAF. Dígame usted que me quiere,
dígalo usted y me voy.
INES. Llamo á mi padre...
RAF. Por Dios!
INES. Pues... (Indicándole la puerta.)
RAF. Con ceño tan adusto
me recibe al año justo
de ir de su hermosura en pos?
INES. Cierto que, en su extravagancia,
ni á sol ni á sombra me deja.
RAF. Ingrata! pues no se queja
de mi admirable constancia.
INES. Por caprichoso deseo...
RAF. Es por amor.
INES. Me persigue,
y á todas partes me sigue.
RAF. Justo!
INES. Á la iglesia, al paseo.
RAF. Estimo tanto sus prendas!
INES. Y va su fisonomía
tras de mí de noche y dia,

en la calle y en las tiendas.
RAF. Y en algunas ocasiones
por verla compro tambien:
tengo en casa un almacen
de trencillas y botones.
INES. Que se quiere divertir
juzgo.
RAF. No, es que la amo.
INES. Pero
comprenda usted, caballero,
que eso es ya mucho seguir. (Muy mareado.)
RAF. Á la recíproca estamos
de ese modo.
INES. Qué locura!
RAF. Piensa usted que su hermosura
no me persigue más?
INES. Vamos!
deje las bromas y salga
ó á mi padre llamaré.
Yo perseguirle!
RAF. Sí, usté;
y no hay dicha que más valga
para mí.
INES. (Si estará loco!)
RAF. Por todas partes la veo;
no me deja en el paseo...
INES. Yo...
RAF. Ni en la iglesia tampoco.
INES. Mi padre está ahí, si viene...
RAF. Nada importa que me vea:
sé ya de que pie cojea.
INES. Debo advertirle que tiene
mal genio.
RAF. No reñiré.
INES. Que los jóvenes son malos
dice...
RAF. Y los despide á palos
ó poco menos; lo sé.
INES. Sí?
RAF. Hace tiempo; y que ha venido
uno á pretender su amor,
y se puso de un humor...

INES. Por eso...
RAF. Hoy su mano pido.
INES. Cómo?
RAF. Que hoy mismo he de hacerlo.
INES. Va á comprometerme.
RAF. Quiá!
lo aprueba.
INES. No.
RAF. Usted verá.
INES. Si no necesito verlo.
RAF. Usted me quiere?
INES. Ay de mí!
pronto! (Señalando á la puerta.)
RAF. Si esa turbacion
delata á su corazon;
me ama! (Sale D. Primo.)
INES. Cielos! ya está aquí.

ESCENA IV.

DICHOS, D. PRIMO con un rollo de papel.

PRIMO. Inés!
INES. Este caballero...
RAF. Señor don Primo, á buscarle
he venido, porque hablarle
de un grave negocio quiero.
PRIMO. Á sus órdenes estoy.
INES. (¿Qué irá á decir?)
PRIMO. Puede al punto...
RAF. Es científico el asunto
y pide calma.
INES. Me voy
adentro.
PRIMO. Bien.
RAF. Señorita!...
INES. (Que le trate bien, Dios mio!)
(Váse por la derecha.)
RAF. En su gran ciencia confío.
PRIMO. Pues veamos.
RAF. (Mirando al sitio por donde se ha ido Inés.)
Qué bonita!

ESCENA V.

RAFAEL, D. PRIMO.

RAF. Señor don Primo, el talento
es como el oro, que en vano
se le quiere ocultar.
PRIMO. Justo!
RAF. Por eso hasta mí ha llegado
con su nombre, la noticia
de sus méritos preclaros.
PRIMO. Oh! ya la fama se ocupa
por lo visto en publicarlo?...
RAF. La fama revela todo
lo que sabe, que es al cabo
hembra, y se le indigestara
si lo tuviera callado.
PRIMO. Si yo lo he dicho mil veces,
sí señor; tarde ó temprano
me harán justicia.
RAF. Y en esto
su juicio no salió falso.
PRIMO. Qué deseaba?
RAF. Decirle
lo que es de interés para ambos.
Las obras de Julio Verne
he leido muy despacio...
PRIMO. Usted debe ser un hombre
de los más notables.
RAF. Tanto
efecto me han producido,
que tuve un deseo extraño:
pretendí ser el pez-águila.
PRIMO. Ah! ya voy adivinando!...
siga usted.
RAF. Pensé en lo útil
que sería un aparato,
con el que volar lograra
más que una paloma rápido,
y nadar como una anguila,
siendo á un tiempo pez y pájaro.

PRIMO. Es un pensamiento grande
y fácil de realizarlo.
RAF. Sí, quién lo duda; tan fácil
como ir á parar de un salto,
desde la esquina del Suizo
á un ministerio.
PRIMO. Ese tramo
hay quien salve de ese modo?
RAF. Suelen darse algunos casos.
PRIMO. Saltar es!
RAF. Pues no se crea
que eso es hoy ningun milagro.
Medité mi plan con calma
á fin de perfeccionarlo;
hice el modelo, y dos meses
despues lo ví terminado.
PRIMO. Sin tropiezos?
RAF. Se comprende.
PRIMO. Hubo?... (Haciendo señal de dinero.)
RAF. Eh?
PRIMO. Digo si los cuartos
encontró para la empresa.
RAF. Si no tuve que buscarlos.
PRIMO. No?
RAF. Diez mil duros de renta
son bastantes...
PRIMO. Voto al chápiro!
diez mil duros!... ay! usted
es el *non plus* de los sabios.
Siga, siga; me interesa
cada vez más su relato.
RAF. Todo dispuesto, un domingo
destiné para el ensayo,
y quise empezar mis pruebas...
PRIMO. Por el agua?
RAF. No, volando.
PRIMO. Eso, á subir.
RAF. Lo que se usa;
pues hoy el que no está en alto,
es que le sobra vergüenza
ó que le falta descaro.
PRIMO. Y voló?... de fijo!

RAF. Puse
en ello especial cuidado;
pero no pude elevarme
del suelo siquiera un palmo.
PRIMO. Mal negocio!
RAF. No es posible
volar, pensé; sin embargo,
cuando á cierta elevacion
colocaba mi aparato,
y hacerle que funcionara
pretendía, sin retraso
ni tropiezo, á mi capricho
giraba.
PRIMO. Eso sí que es raro.
RAF. En medio de mis apuros
dije: si me subo á un árbol,
cesa todo inconveniente
porque ya estoy elevado.
PRIMO. Es verdad! vaya una idea!
no lo pensara el diablo.
Y lo hizo usted?
RAF. No, que no!
Advierto á usted que yo hago
todo lo que me propongo.
PRIMO. Si es bueno.
RAF. Como si es malo.
PRIMO. Entónces para ministro
es usted que ni de encargo.
RAF. La máquina á mi cintura
me ceñí con fuertes lazos...
PRIMO. Bien, muy bien!
RAF. Subo á la copa
de un nogal muy elevado,
dirijo la vista en torno,
contemplo ansioso el espacio
que he de atravesar en breve:
«allá voy!,» dije á los astros;
y salté, y del primer vuelo
dí...
PRIMO. En la Luna?
RAF. No.
PRIMO. En Urano?

RAF. Tampoco.
PRIMO. En Mercurio? En Venus?
RAF. En la tierra... un batacazo.
PRIMO. Mire usted, no lo esperaba,
RAF. Ni yo; y por poco me mato.
PRIMO. Y se levantó á seguir
la prueba?
RAF. Me levantaron
unos pobres jornaleros
que allí estaban trabajando.
PRIMO. Cáscaras!
RAF. Estuve en cama
veinte dias derrengado,
con una costilla rota
y medio rotos los brazos.
PRIMO. Cara le costó la fiesta.
RAF. Gracias que puedo contarlo.
Y porque si á emprender vuelvo
la aventura, otro fracaso
más grave no me suceda,
he venido á consultarlo
con usted.
PRIMO. Cómo! vacila?
Bah! mientras le quede un átomo
de existencia, usted no debe
dudar.
RAF. No; pero es el caso
que hay peligro de estrellarse.
PRIMO. Y qué?
RAF. Casi nada.
PRIMO. Un santo,
entónces sería un mártir
de la ciencia.
RAF. Pero...
PRIMO. El pasmo,
la gloria mayor del mundo.
RAF. El mundo? diera buen pago!
si reviento en una prueba
se rie y me llama bárbaro.
PRIMO. Yo no temo sus censuras,
que confio en sus aplausos.
(Extendiendo el rollo de papel.)

El dibujo de mi máquina.

RAF. Este sí que es un plan vasto!
Funciona bien?

PRIMO. (Muy triste.) Si no está hecha.

RAF. Por qué?

PRIMO. Por cuestion de ochavos;
me hacen falta tres mil duros,
y por más que busco, no hallo
quien me los preste.

RAF. Pues hoy
será más afortunado.

PRIMO. Yo?

RAF. Sí; no es usted un génio?
¿y yo las ciencias no amo
y soy rico? pues entónces...

PRIMO. He de abusar?...

RAF. Entre sabios
lo que haya se da y se toma
con franqueza. Por los planos
de mi invencion voy ahora. (Se va y vuelve.)
Vivo en el número cuatro...
ahí enfrente... en dos minutos...
Rafael Correa me llamo;
su casa... ya sabe; pronto
estoy de vuelta.

PRIMO. Aquí aguardo.

ESCENA VI.

D. PRIMO, INÉS.

PRIMO. No cabe en mi pecho tanta
dicha... Inés!
(Acercándose á la puerta de la derecha.)
de mis trabajos,
de mi constancia y talento
el premio por fin alcanzo.
Inés!

INES Qué ocurre, papá?

PRIMO. Ven, hija.

INES. (Acercándose con timidez.)
(Dios mio!)

PRIMO. Acabo
de hallar lo que me hace falta.
INES. No entiendo...
PRIMO. Dame un abrazo.
Ahora sí que se realizan
todos mis sueños dorados:
atravesaré los mares
y sorprenderé en sus antros
á las fieras.
INES. Ahora, dice?
PRIMO. Ese jóven millonario...
INES. Cómo?
PRIMO. Lo que oyes; me ofrece
costearme el aparato...
buen corazon! gran cabeza!...
INES. Oh! no debemos fiarnos
de un desconocido.
PRIMO. Tonta!
si es tambien insigne sabio,
hombre de mucho cacúmen,
de conocimientos vastos...
es el pez-águila.
INES. Cielos!
PRIMO. Autor de un invento raro,
un génio; como que lee
á Julio Verne.
INES. No salgo
de mi sorpresa.
PRIMO. Me brinda
con tres mil duros y cuanto
necesite.
INES. Usted presume
que eso es verdad?
PRIMO. Hoy no bailo
porque no es el baile propio
de mi importancia.
INES. (Qué cándido!)
Repare usted...
PRIMO. (Se dirige á la izquierda sin oirla.)
Que examine
deseo mis adelantos
en dibujo y maquinaria...

oh! es un hombre extraordinario.

ESCENA VII.

INÉS.

Miren cómo ha conseguido
que mi padre de buen grado
le reciba... yo no debo
permitir ese descaro.
Puede ser un calavera
de esos mil que van sembrando
la desventura... es preciso
que no entre aquí más... yo le amo,
sí; pero sé dominarme
y si vuelve no le abro.

ESCENA VIII.

INÉS y RAFAEL, con un rollo de papel.

RAF. Cómo sudo!
INES. Caballero!
otra vez?
RAF. Siempre tan bella!
INES. Tiene llavin?
RAF. Es que al irme
por casualidad la puerta
quedó entornada.
INES. Ya! pues
si yo tal cosa advirtiera,
tambien por casualidad
en el corredor se queda.
RAF. Qué acritud!
INES. Es necesario
que salga de aquí y no vuelva.
RAF. Señorita, yo no he visto
quien tanta manía tenga
de despedir á la gente
como usted.
INES. Es noble empresa
engañar á un hombre honrado

que un imposible sueña,
para burlar de este modo
su vigilancia severa?

RAF. Pero si no hay otro medio
de poder entrar á verla.

INES. Tampoco lo necesita.

RAF. Por piedad, Inés, no sea
en sus palabras más dura
que en sus acciones.

INES. Qué intenta?

RAF. Ser amado.

INES. Es imposible.

RAF. Y tantas miradas tiernas
como de sus bellos ojos
recibí?

INES. Yo?...

RAF. No pretenda
negarlo. Cuando incesante
corría tras de sus huellas,
más de una vez en paseo,
y en la calle y en la iglesia,
nuestros ojos se encontraron
con expresion tan sincera
de amor, que cada mirada
fué un idilio, fué un poema.
Las de usted algunas veces
á las mias atrás dejan
en lo dulces y expresivas;
y eso que las mias eran
tan melosas y tan blandas,
que alguno las creyó hechas
de *chantilly*.

INES. Que me ria
conseguirá.

RAF. Lo que anhela
mi alma es que admita mi ardiente
pasion.

INES. Caballero, advierta
que soy una jóven...

RAF. Todo
lo sé: honrada, formal, buena;
por eso la amo.

INES. (Qué apuro!)
RAF. Á su padre dije ciertas
falsedades, pues quería
ganar su benevolencia;
pero á usted voy á decirle
la verdad simple y escueta.
Tengo veinticinco años,
me llamo Rafael Correa,
soy abogado y poseo
cuatro mil duros de renta.
La quiero á usted con delirio...
mi figura es pasadera,
mi familia es importante;
y no menciono otras prendas
que me adornan y enaltecen,
por...
INES. Sin duda por modestia.
Pues oiga usted, caballero:
yo me llamo Inés Fonseca,
mi posicion es humilde,
mi familia es muy modesta,
mi persona vale poco,
tengo escasa inteligencia,
es mi dote mi trabajo,
muchos disgustos mis rentas;
circunstancias especiales
ninguna me recomienda...
RAF. Á millones.
INES. Su contínua
persecucion me marea...
RAF. Cómo!
INES. Me pone nerviosa...
RAF. Pero...
INES. Me causa jaqueca.
RAF. Inés!...
INES. Con lo dicho creo
le basta para que entienda,
que si burlarse pretende
puede llamar á otra puerta.
(Váse por la izquierda.)
RAF. Me ha pegado á la pared!...
y eso sí: me las dió en regla...

pero bah! yo no me rindo,
pues así que se convenza
de la fé con que la quiero,
se mostrará más benévola.
(D. Primo trae de la mano á Inés, que se resiste á salir.)

ESCENA IX.

D. PRIMO, INÉS, RAFAEL.

PRIMO. Tanta cortedad me irrita.
INES. Papá!...
PRIMO. Presentarte quiero
á este sabio caballero.
RAF. Se niega esta señorita
á salir?
INES. Como yo ignoro...
PRIMO. Mi hija Inés.
RAF. (Dando á D. Primo el rollo de papel.)
Hé aquí pintada
la máquina.
PRIMO. (Examinándola.) Esto me agrada
mucho, sí señor.
(Rafael se ha acercado á Inés aprovechando la distraccion de D. Primo.)
RAF. (Al oido de Inés.) (La adoro!)
INES. Ay! (Asustada.)
PRIMO. Qué es eso?
INES. Estoy nerviosa
y...
RAF. Tome usted azahar.
PRIMO. (Niña, acostúmbrate á estar
en visita.)
RAF. (Señalando al papel que tiene D. Primo.)
Es ingeniosa,
¿verdad?
PRIMO. Mucho.
RAF. (Sacando unos papeles.)
Traigo aquí
varios diplomas, que son
de una ilustre asociacion

aún desconocida.

PRIMO. Sí?

RAF. Soy socio corresponsal
de ella.

PRIMO. Hola!... (¿No oyes, Inés?)

RAF. Y se hará famosa, que es
un proyecto colosal.
Lea usted. (Le da los papales.)

PRIMO. (Leyendo.) «Sociedad francesa
»indo, turca...

INES. (Qué mentir!)

PRIMO. «Para el África reunir
»con España.» Buena empresa!

INES. Puede hacerse?... (Con marcado disgusto.)

RAF. Por la posta.

PRIMO. Siendo de tal importancia!

RAF. Bien sabe que la distancia
no es mucha de costa á costa.
Pues ese espacio se puede
ir llenando de islas todo,
colocándolas de modo
que de trecho en trecho quede
un canal, que servirá...

PRIMO. Para los buques.

RAF. Así es.
Se unen las islas despues
por medio de puentes...

PRIMO. Ya!

RAF. El proyecto concluido,
á Marruecos en tartana
iremos.

PRIMO. (Afectando indiferencia.) La cosa es llana...
(Y no habérseme ocurrido!)

RAF. Qué sociedad!

PRIMO. Sí, señor;
asombrosa!

INES. (Que ha estado dando señales de impaciencia.)
(Qué inocente!)

RAF. De esta ha sido presidente
un bajá de Mogador.

PRIMO. Hay quien por saber se afana
allá?

RAF. Sí, están estudiando
y se van domesticando.
Mire usted si allí la gana
de civilizarse aprieta
y cunde con rapidez
la ilustracion, que ya en Fez
hay dos casas de ruleta.
PRIMO. No los creí á tanta altura.
RAF. El viajero observador,
hasta en el bosque peor,
de muy notable cultura
halla repetidas muestras
en ciertos usos y trajes.
INES. Quiá!
RAF. Las señoras salvajes
se pintan más que las nuestras.
PRIMO. En eso nos han ganado;
mas yo espero que algun dia...
(Queda contemplando el papel.)
RAF. (Á Inés, indicándole el papel que examina Don Primo.)
(Como hace tiempo quería
venir, estoy preparado.)
INES. (No es digno ese proceder...)
PRIMO. Magnífico!
RAF. (Yo le ruego...)
INES. (Se cansa en vano.) Hasta luego.
PRIMO. Te vas?
INES. Sí, tengo que hacer.
(Váse por la derecha. Rafael queda mirando el sitio por donde ha salido.)

ESCENA X.

D. PRIMO, RAFAEL.

PRIMO. Pues mi máquina...
RAF. (Siempre mirando á la puerta.) Es muy bella!
PRIMO. Y de un valor grande, inmenso.
RAF. Sí, señor.
PRIMO. Como que pienso
hacer millones con ella.

RAF. (Volviéndose rápidamente.)
Qué dice?
PRIMO. Á qué ese arrebato?
RAF. Pero y la moral?
PRIMO. La ofendo
si enriquecerme pretendo...
RAF. Con su?...
PRIMO. Pues! con mi aparato.
RAF. Ah!
PRIMO. En qué peco?
RAF. Yo creí...
PRIMO. Quiere usted examinar
mis obras?
RAF. Á no dudar.
(Se dirige á la puerta de la derecha. D. Primo le detiene y le señala la de la izquierda.)
PRIMO. Entónces... no; por allí.
RAF. Una hija el cielo le ha dado
de hermosura peregrina.
PRIMO. Es regular.
RAF. Es divina.
PRIMO. (Hola! se habrá enamorado?...)

ESCENA XI.

INÉS. Sale y empieza á recoger la labor.

INES. De fijo es un calavera,
un temible seductor...
¿más quien sabe si su amor
es sincero? ay! si lo fuera!...
No, imposible! es necesario
castigar su atrevimiento,
que salga de aquí al momento
ese jóven temerario.
Ahora mismo á decir voy...
¿pero y si no es criminal
su intencion?... hiciera mal...
oh! qué desgraciada soy!

ESCENA XII.

INES, RAFAEL. Este sale como recatándose de D. Primo.

RAF. Doña Inés del alma mia,
luz de donde el sol la toma...
INES. Eh, señor! basta de broma.
RAF. Tan severa todavía?
Si me tiene usted amor,
¿por qué tan cruel ahora?
INES. Yo tenerle?...
RAF. Sí, señora;
me lo dice ese rubor.
Y no finja su recato
con tanta frecuencia enojos,
ó no publiquen sus ojos
que mi cariño le es grato.
INES. Yo...
RAF. Excesivo de más es
tanto rigor; yo le juro
que mi afecto es grande y puro
como su virtud, Inés.
INES. Puede...
RAF. Aún duda, señorita?
INES. No; más...
RAF. Turbada... esto es hecho:
viva! no cabe en mi pecho
tanto placer!
INES. Cómo grita!
RAF. Que lo sepa todo el mundo,
no importa.
INES. Pero mi padre...
RAF. Teme usted que no le cuadre?
bah! tendrá un gozo profundo.
INES. Á causa de sus engaños.
Si usted cura su manía...
RAF. No se destierra en un dia
dolencia de tantos años.
Deje que con sus desvelos
siga y con su extraña idea,
que despues, cuando se vea
cercado de nietezuelos...

INES. Qué dice?
RAF. Y no encuentre modo
de realizarla, verá
que fué un iluso y tendrá
que conformarse con todo.
INES. Yo engañarle!...
RAF. Si no ha habido
manera de entrar aquí...
vamos! deme usted el sí;
de rodillas se lo pido.
INES. (Qué hacer?)
RAF. Goce yo, Inés bella,
de esa dicha celestial.
(Sale D. Primo palmoteando en el papel que le dió Rafael.)

ESCENA ÚLTIMA.

INÉS, RAFAEL, D. PRIMO.

PRIMO. Esto me parece mal.
INES. Ah! (Gritando.)
(D. Primo alza la vista sorprendido y ve á Rafae de rodillas.)
PRIMO. Señor mio!
RAF. (Levantándose.) Ahora es ella!
PRIMO. Ó yo estoy en un error
profundo, ó para elevarse
no es preciso arrodillarse
ante mi hija.
RAF. No señor;
no hace falta en verdad.
PRIMO. Pues
entónces...
INES. (Dios soberano!)
RAF. Concédame usted su mano.
PRIMO. Héla aquí. (Dándole la mano.)
RAF. No, la de Inés.
PRIMO. Ah! (Mi sospecha... ¡me alegro!)
RAF. Cuanto valgo, cuanto soy,
es para usted desde hoy,
mi querido papá suegro.

PRIMO. Hombre! yo no me esperaba...
y ella?
RAF. Me ama.
PRIMO. (Pasando junto á Inés.) Es verdad?
INES. Yo...
(D. Primo la observa un momento.)
PRIMO. Calle; tambien se inflamó!
(Ves cómo no deliraba?)
RAF. Acaso me engañé?
PRIMO. Quiá!
RAF. Qué fortuna! usted tampoco
se opone?
PRIMO. Yo? no estoy loco.
Si ustedes lo tienen ya
concertado, á lo que veo,
¿qué he de hacer?
INES. (Oh! no se enfada!)
PRIMO. (Sabio y rico... gran jugada!)
Esto no impedirá creo...
RAF. Al contrario, se concilia
mejor así nuestra empresa;
como á los tres interesa,
volaremos en familia.
INES. Oh!... (Á Rafael en tono de reconvencion.)
RAF. (No es tiempo todavía
de que le contrariemos.)
PRIMO. (Hija, qué negocio hacemos!
se cumplió mi profecía.)
(Al público.)
Señores, en el momento
en que la luna de miel
apure, cruzo con él
la extensa region del viento.
Visitarla toda intento;
conque avisad si hay quien quiera
ir á la celeste esfera,
que hará barato el viaje:
sólo costará el pasaje
dos palmadas en primera.
(Cae el telon.)

FIN.